Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

Anejo 18

Santa Cruz de Marcenado

(1724-2024)

Coordinadores

Juan Díaz Álvarez
Pelayo Fernández García
Universidad de Oviedo

TREA

INSTITUTO FEIJOO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

OVIEDO.es
FUNDACIÓN MUNICIPAL DE CULTURA

2025

Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

Anejo 18

Santa Cruz de Marcenado (1724-2024)

Coordinadores

Juan Díaz Álvarez
Pelayo Fernández García
Universidad de Oviedo

2025

Anejos de Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII

INSTITUTO FEIJOO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

N.º 18 / Noviembre de 2025

Juan Díaz Álvarez y Pelayo Fernández García (coords.), *Santa Cruz de Marcenado (1724-2024),* Oviedo, IFESXVIII / Ediciones Trea (ACESXVIII, 18), 2025.
ISBN: 979-13-87790-43-1
DOI: https://doi.org/10.17811/acesxviii.18.2025.1-282

Entidad coeditora: Ediciones Trea, S. L.
Entidad colaboradora: Ediuno. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

© De los textos, sus autores, 2025
© de esta edición: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2025
Universidad de Oviedo. Campus de Humanidades. 33011-Oviedo. Asturias, España
Teléfono: 34 985 10 46 71. Correo electrónico: admifes@uniovi.es
IFESXVIII, http://www.ifesxviii.uniovi.es/

Anejos de Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII
ISSNe: 2697-0856
ACESXVIII, http://www.unioviedo.es/reunido/index.php/ACESXVIII

Consejo de Dirección
Elena de Lorenzo Álvarez, directora (Universidad de Oviedo, lorenzoelena@uniovi.es)
Armando Menéndez Viso, director (Universidad de Oviedo, amv@uniovi.es)
Rodrigo Olay Valdés, director (Universidad de Oviedo, olayrodrigo@uniovi.es)
Gabriel Sánchez Espinosa, secretario de redacción (Queen's University Belfast, G.Sanchez@qub.ac.uk)

Consejo de Redacción
Joaquín Álvarez Barrientos (CSIC) / Marieta Cantos Casenave (Universidad de Cádiz) / Philip Deacon (University of Sheffield) / Fernando Durán López (Universidad de Cádiz) / Inmaculada Urzainqui (Universidad de Oviedo) / Leticia Villamediana González (University of Warwick)

Consejo Científico
Armando Alberola Romá (Universidad de Alicante) / Pedro Álvarez de Miranda (Universidad Autónoma de Madrid / RAE) / Emilie Cadez (Université de Toulouse-Jean Jaurès) / Francisco Carantoña (Universidad de León) / Pablo Cervera Ferri (Universidad de Valencia) / Elena Deanda Camacho (Washington College) / Helena Establier (Universidad de Alicante) / Françoise Etienvre (Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris 3) / Ignacio Fernández Sarasola (Universidad de Oviedo) / Marta Friera Álvarez (Universidad de Oviedo) / Marta García Alonso (UNED) / María Jesús García Garrosa (Universidad de Valladolid) / David T. Gies (University of Virginia) / Virginia Gil Amate (Universidad de Oviedo) / Javier González Santos (Universidad de Oviedo) / Claudia Gronemann (Universität Mannheim) / Catherine Jaffe (Texas State University) / Agnieszka Komorowska (Universität Kassel) / Miguel Ángel Lama Hernández (Universidad de Extremadura) / Elisabel Larriba (Aix-Marseille Université) / Vidal de la Madrid Álvarez (Universidad de Oviedo) / Cècile Mary Trojani (Université de Toulouse-Jean Jaurès) / Eduardo San José Vázquez (Universidad de Oviedo) / Eva Velasco Moreno (Universidad Rey Juan Carlos)

Resumen
Con motivo del tercer centenario de la publicación del primer volumen de las *Reflexiones militares* del III marqués de Santa Cruz de Marcenado, se reúnen siete investigaciones que abordan su labor como diplomático en puestos de gran relevancia por diversas cortes europeas, la dimensión tratadística y militar como ámbito profesional en la que se desarrolla su servicio al Estado y la proyección y legado de su obra.

Palabras clave
Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Iconografía, Historiografía, Historia militar, *Reflexiones militares*, Tratadística militar.

Santa Cruz de Marcenado (1724-2024)

Abstract
On the occasion of the third centenary of the publication of the first volume of the Military Reflections of the 3rd Marquis of Santa Cruz de Marcenado, seven research studies are brought together which deal with his work as a diplomat in positions of great importance at various European courts, the treatise and military dimension as a professional sphere in which his service to the State was carried out and the projection and legacy of his work.

Key words
Marquis of Santa Cruz de Marcenado, Iconography, Historiography, Military History, *Military Reflections*, Military treatise.

Entregado: 10 de diciembre de 2024. *Aceptado*: 5 de abril de 2025.

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la ayuda PAPI-24-GR-GIFES, de la convocatoria de *Ayudas para el apoyo de grupos de investigación de la Universidad de Oviedo para el ejercicio 2024*.

Índice

Prólogo 6

Juan Díaz Álvarez y Pelayo Fernández García

Santa Cruz de Marcenado, the Rise of Savoy and the Spanish Resurgence in Italy under Philip V 10

Christopher Storrs

La justicia militar desde las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado: incidencias en la normativa y la tratadística borbónica. 37

Francisco Miguel Martín Blázquez

L'étrange dédicace de *La Méthode pour étudier l'histoire* de l'abbé Lenglet Dufresnoy 59

Chantal Grell

Contribución a la iconografía de don Álvaro de Navia Osorio y Vigil de la Rúa, marqués de Santa Cruz de Marcenado 78

Javier González Santos

Los últimos días del marqués de Santa Cruz de Marcenado: Orán, 1732 150

Víctor García González

Tras las huellas de Marcenado 171

Pelayo Fernández García

Apéndice

Nueva edición de una carta del marqués de Santa Cruz de Marcenado a su primo Pedro Peón Duque de Estrada con motivo de la publicación del primer volumen de las *Reflexiones militares* y el reinado de Luis I 255

Javier González Santos

Índice onomástico 270

Los últimos días del marqués de Santa Cruz de Marcenado: Orán, 1732

The Last Days of the Marquis of Santa Cruz de Marcenado: Orán, 1732

Víctor García González
Universidad de Málaga
https://orcid.org/0000-0002-1062-8059

Resumen

Este trabajo busca analizar el poco conocido último período en la vida del marqués de Santa Cruz de Marcenado, desde su participación en la conquista de Orán en 1732 y su papel en los meses posteriores al mando de la guarnición de la plaza, hasta las circunstancias concretas de su muerte durante la batalla del 21 de noviembre de ese año. Para ello hemos contrastado algunos testimonios directos de testigos contemporáneos, como los ingenieros militares Isidro de Verboom y Antonio Montaigu, con los relatos que tradicionalmente han narrado de manera idealizada esos últimos días. Este estudio propone, asimismo, considerar los límites en la práctica de los planteamientos teóricos sobre táctica y estrategia militar vertidos por Álvaro Navia-Osorio en sus *Reflexiones militares*.

Palabras clave

Marqués de Santa Cruz de Marcenado, *Reflexiones militares*, Guerra irregular, Ingenieros militares, Orán, Tratadística militar.

Abstract

This work aims to analyse the little-known last period in the life of the Marquess of Santa Cruz de Marcenado, from his participation in the conquest of Oran in 1732 and his role in the following months in command of the garrison of the stronghold, to the specific circumstances of his death during the battle of 21 November of that year. In order to do so, we have contrasted direct testimonies of contemporary witnesses, such as the military engineers Isidro de Verboom and Antonio Montaigu, with the accounts that have traditionally narrated those last days in an idealised way. This study also proposes to ponder the limits in practice of the theoretical approaches on military tactics and strategy expressed by Álvaro Navia-Osorio in his *Military Reflections*.

Keywords

Marquess of Santa Cruz de Marcenado, *Military Reflections*, Irregular Warfare, Military Engineers, Oran, Military Treatises.

Introducción

La figura de Álvaro Navia-Osorio y Vigil de la Rúa, marqués de Santa Cruz de Marcenado, es una de las más interesantes del siglo XVIII español, particularmente por la dimensión internacional que cobró en el ámbito de la tratadística militar. La atracción que concita explica la variedad y profundidad de las contribuciones a este volumen. Sin embargo, poco se sabe y poco se ha publicado en fecha reciente sobre la última etapa de su vida y, en concreto, de su destino en Orán, sus últimos meses de vida en 1732. Curiosamente, fue en este postrer período en el que de manera más severa se pusieron a prueba las concepciones teóricas que Santa Cruz de Marcenado había plasmado en su obra, especialmente en sus célebres *Reflexiones militares*.

El objetivo principal de este trabajo no va a ser únicamente reconstruir los meses entre la conquista de Orán y el deceso del marqués, sino analizar hasta qué punto las circunstancias de su desaparición ponen en cuestión las propias reflexiones del mismo y su influencia en el modo de hacer la guerra en su época, y cómo estas prefiguran, sin ánimo de ofrecer una perspectiva netamente postcolonial, los problemas que los ejércitos europeos y occidentales enfrentarían en el norte de África, Oriente Próximo y el mundo musulmán en general en los siglos siguientes. De esta manera, la inesperada muerte en suelo africano de un general y diplomático europeo de tal talla simboliza los límites de la teoría militar y las a veces imprevisibles dificultades de la práctica sobre el terreno, que convertía en papel mojado la letra de numerosos tratados y ordenanzas.

Aunque conocemos el día y el contexto de la muerte de Álvaro de Navia-Osorio, las circunstancias concretas de su deceso y el posterior destino de su cuerpo han sido difíciles de esclarecer por la historiografía, debido a la escasa fiabilidad de las fuentes y a la confusión de la jornada del 21 de noviembre de 1732. Paradójicamente, el militar y diplomático asturiano desapareció en una situación bélica marcada por la guerra irregular, uno de los aspectos en los que sus *Reflexiones militares* resultaron más novedosas y que terminaría

influyendo en mayor medida en antiguos compañeros de armas como Montemar y el marqués de la Mina, así como en tratadistas y generales extranjeros (Fernández García, 2015: 44). Pese a que la conquista de Orán entre junio y julio de 1732 fue relativamente incruenta, a finales del verano de ese año el equilibrio de fuerzas se deterioró aceleradamente debido a la concentración en el entorno de la plaza de miles de efectivos norteafricanos y otomanos. La crisis estallaría en noviembre y fueron la audacia y el sacrificio de Marcenado algunos de los elementos que explican que Orán no fuera perdida en ese momento por Felipe V.

La visión heroica de la muerte en combate del marqués de Santa Cruz de Marcenado

Empezaremos por el final: cuál fue el punto de vista clásico sobre el final de Marcenado en los autores españoles. La visión tradicional que desde un primer momento se tuvo de la muerte del marqués y de su sacrificio en la batalla era heroica y romántica.

No vamos a profundizar en este tema, pero nos interesa citar algunos ejemplos para que dejar patente más adelante el contraste con otras fuentes que sí vivieron la jornada del 21 de noviembre de 1732 in situ. Plumas como las de Gerardo Lobo, Feijoo, Jovellanos, González de Posada o Modesto Lafuente lamentaron la desaparición del general. El texto clásico del coronel Luis López Anglada recoge algunas de las elegías y relatos de sus momentos finales y el significado que tuvieron en los siglos XVIII y XIX. Por ejemplo, se hace eco de la *Elegía tras de la trágica muerte de don Álvaro*, obra del poeta Francisco Gregorio de Salas (López Anglada, 1985: 20):

Corone Marte tu gloriosa frente
cante Clío los rasgos de tu pluma
por las vastas regiones de la tierra
pues en tu sabia y acertada suma
descubriste la paz más permanente.
Tu espada valerosa
te acarreó una muerte desgraciada.
Tu pluma celebrada
te eternizó una vida muy gloriosa.

En la obra *Retratos de españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, de 1791, se relataba:

> Su muerte, acaecida a últimos del año 1732, coronó la gloria y brillo de su carrera. Había forzado a los berberiscos a levantar los sitios de los castillos de Santa Cruz y San Felipe: después quiso reunir sus tropas y se puso al frente de ellas; los enemigos le acometieron; los suyos le abandonaron, y herido él, herido también el caballo, sin poder absolutamente valerse, pereció heroicamente a manos de los bárbaros. Ellos triunfaron paseando su cabeza por las calles de Argel; y, el Rey y el Estado lloraron tristemente la pérdida de un héroe cuyos talentos y servicios habían sido tan útiles y gloriosos (López Anglada, 1985: 19).

El tono hagiográfico no debe sorprendernos si consideramos que Santa Cruz ya había sido objeto de numerosos versos en su honor cuando se publicaron las *Reflexiones Militares*. En el siglo XIX continuó el énfasis laudatorio. Por ejemplo, Modesto Lafuente describió de esta manera heroica la mencionada batalla:

> Rehechos los moros al abrigo de una pequeña colina arremetieron con ímpetu a los españoles, de tal modo les desordenaron que hubieran tal vez, acabado con todos ellos a no haber acudido oportunamente con el resto de la guarnición el gobernador marqués de Santa Cruz, que rehízo a los nuestros y cambió de aspecto y de resultados la pelea, aunque con la desgracia de que pereciese el marqués con algunos de sus bravos coroneles en lo más recio de la acción (López Anglada, 1985: 20).

También en el XIX, Máximo Fuertes Acevedo, uno de los eruditos asturianistas que ganaron los certámenes literarios de la época, aseveraba que don Álvaro:

> Fue herido por una bala en un muslo y derribado del caballo; más sin perder su serenidad ni su valor arengaba a las tropas que se batían con fiereza, pero ya fue todo inútil, pues el infeliz marqués fue hecho pedazos por los infieles, habiéndole cortado la cabeza antes (López Anglada, 1985: 20).

Por supuesto, ninguno de estos autores tuvo forma de saber las circunstancias reales de la muerte de Marcenado salvo por fuentes indirectas que exageraban o acentuaban el componente heroico o mítico de los sucesos de aquellos días de 1732. La confusión y la niebla de la guerra propiciaron los relatos míticos y las teorías conspirativas en torno a su desaparición. Para conocer mejor la última etapa de la vida del marqués, volveremos sobre las fuentes presenciales que nos hablan de esos últimos meses en Orán.

El contexto militar de la conquista de Orán en 1732 y el papel de Santa Cruz de Marcenado en el orden de batalla

> No he podido antes aplicar a este importante fin, las considerables fuerzas que la Divina Omnipotencia ha fiado a mi arbitrio, y al presente, aunque no enteramente libre de otros cuidados, he resuelto no dilatar el de recobrar la importante plaza de Orán, que ha sido tras veces objeto del valor y de la piedad cristiana de la nación española, considerando muy principalmente que estando esta plaza en poder de los bárbaros africanos es una puerta cerrada a la extensión de nuestra sagrada religión y abierta a la esclavitud de los habitadores de las inmediatas costas de España.[1]

La expedición a Orán, que fue acompañada por la proclamación del manifiesto de Felipe V del que forma parte este extracto, estuvo liderada por el entonces todavía conde de Montemar, con Santa Cruz de Marcenado a sus órdenes. Más allá de las consideraciones religiosas, el texto refleja elementos de la concepción más avanzada de la estrategia militar de la época, influida por tratados como los del marqués. Queda patente la preocupación por proteger las costas de la península de las incursiones norteafricanas y la debilidad de una Monarquía que no pudo reunir efectivos suficientes para empresas de magnitud como esta hasta fecha reciente. Por todo ello, no es de extrañar que se destinara a la invasión la ingente suma de 11 676 028 reales (Storrs, 2016: 96).

Aparcadas otras urgencias bélicas como las intervenciones revanchistas en Italia o hacer frente a la presencia británica en Gibraltar y Menorca, en 1732 se daba por fin un contexto en el que los generales de Felipe V podían organizar una ofensiva en una plaza como Orán con cierta libertad de movimientos, gracias a las coyunturalmente buenas relaciones con Gran Bretaña propiciadas por el tratado de Sevilla de 1729 (Baudot Monroy, 2016: 250).

El marqués de Santa Cruz de Marcenado participaría en la invasión de Orán desde el primer momento y haciendo gala de un notable protagonismo, pues las órdenes de desembarco le situaban en cabeza de la primera oleada. La flor y nata de la nobleza militar española se reuniría en la plaza norteafricana para uno de los que se prometía momentos más felices del reinado de Felipe V:

> El primer desembarco lo mandará el marqués de Villadarias con el teniente general de Santa Cruz, conde de Marsillach, los mariscales de campo conde de Subeguem, marqués de Santa Cruz, conde de Maceda, don Alejandro de la Mota, brigadieres don Lucas Patiño, el marqués de la Mina, marqués de Bay, don Luis

[1] Archivo General de Simancas (AGS), Secretaría de Guerra (SGU), legajo 3705, Sevilla, 6 de junio de 1732, «Manifiesto de S.M. para la expedición de Orán».

> Porter, don Melchor de Abarca, don Manuel de Sada, los cuales oficiales se embarcarán en las lanchas y botes que saldrán de sus navíos y luego que tomen la tierra formarán un cuadro en la mar ocupando los puestos ventajosos que hubiere.[2]

Dotar al ejército de invasión del tamaño imprescindible para acometer la empresa con garantías fue objeto de intensos preparativos y fuente de complejos problemas desde un primer momento. La incapacidad para sostener una fuerza considerable en el norte de África de manera permanente sería uno de los retos más costosos en hombres y dinero tras la conquista de la plaza, una situación que llevaría al extremo la habilidad de Álvaro de Navia-Osorio para controlar los acontecimientos. Ya en el momento del desembarco, la inquietud por constantes de aquel teatro bélico como el abastecimiento de víveres y la climatología ocupó las reflexiones de los oficiales destacados:

> Participo a V.Ex. nuestro desembarco en esta playa de las Aguadas que se ha empezado esta mañana al amanecer, y se continúa con felicidad ahora que son las seis de la tarde, hallándose casi todo el ejército en tierra, pero sin tiendas, ni víveres, sino para cuatro días que cada uno trae consigo, y los oficiales, sin criados, caballos, ni equipaje alguno, y según lo que se ve de lo áspero y seco de este terreno, padecerá mucho el ejército por la presente estación, si no se dan exactas providencias para la conducción de víveres, equipajes y particularmente de agua, de que hay gran falta en este terreno.[3]

Isidro de Verboom, hijo mayor del ingeniero general, Jorge Próspero de Verboom, sirvió como comandante de los ingenieros de la expedición y cuartel maestre general, un rol que solían desempeñar miembros de este cuerpo, y fue autor de buena parte de las comunicaciones oficiales sobre la campaña con el ministro José Patiño que se encuentran preservadas en los legajos de Secretaría de Guerra del Archivo General de Simancas. Aquí se apuntaba ya un escollo insoslayable, la imposibilidad de mantener una fuerza tan cuantiosa en un enclave con tan pocos recursos como Orán.

La climatología y las características del terreno que mencionaba Isidro de Verboom habían sido ya una preocupación de Marcenado en sus *Reflexiones militares*, sabedor de que uno de los desafíos de futuro del ejército español y de otros ejércitos europeos sería una mayor involucración en escenarios de campaña en otros continentes con temperaturas y meteorología muy diferentes,

[2] AGS, SGU, 3705, «Orden para el desembarco de la expedición de Orán», 1732.

[3] AGS, SGU, 3705, Campo de las Aguadas a unas leguas al oeste del castillo de Mazalquivir, 29 de junio de 1732, Isidro Verboom a José Patiño, «Sobre el desembarco en la playa de las Aguadas».

lo que pondría en cuestión la instrucción y capacidades de los contingentes expedicionarios:

> Las horas de calor en clima y estación ardiente son para el combate incómodas al ejército habituado solamente a países fríos, y poco hecho a la fatiga; con especialidad si acaba de ejecutar una larga marcha, o por terreno sin agua, o si tiene más tropas que los enemigos cargadas de grave armadura (Navia-Osorio, x: 7).

El orden de batalla de la expedición era heredero de algunas de las enseñanzas de Marcenado en sus tratados. Desde un primer momento el ejército se distribuyó en columnas. Tras el desembarco en la conocida como playa de las Aguadas, tres columnas marcharon hacia Mazalquivir, en primer lugar, y la propia plaza de Orán, a continuación. Los mandos españoles no ignoraban el peligro de la guerra irregular desde el interior, pues las elevaciones de la intrincada orografía circundante eran ideales para llevar a cabo incursiones, de manera que una cuarta columna constituida principalmente por unidades de caballería y ganaderos protegió el movimiento de las demás por la costa tomando las colinas desde las que podía atacarse en dirección a la costa.[4] El propio Marcenado quedó encuadrado en la segunda columna del primer orden de marcha de la siguiente manera: «la Brigada de España formará la retaguardia mandada por el marqués de Santa Cruz, conde de Maceda y don Alejandro de la Mota».[5] En el segundo orden de marcha, Navia-Osorio pasó a detentar un lugar de honor en la primera columna:

> Formado el ejército según el orden de batalla de 1º de junio de este año, la caballería de la primera línea dará media vuelta de conversión, la de la derecha sobre la derecha, y la de la izquierda sobre la izquierda, y marchará a formarse detrás de la primera línea, la caballería de la segunda línea hará el mismo movimiento y marcha; y después desfilará el ejército por la derecha e izquierda, interpolándose alternativamente los batallones con los escuadrones en cada columna, y marcharán a la testa de la primera el marqués de Villadarias, marqués de Santa Cruz, conde de Maceda, y el conde de Cezille, y a la retaguardia, el marqués de la Mina, don Alejandro de la Mota, conde de Sueveguem, y el conde de Marsillach, que la mandará.[6]

[4] AGS, SGU, 3705, «Orden y disposición de campar y de marcha para el ejército de S.M. del cargo del señor conde de Montemar».

[5] AGS, SGU, 3705, Junio de 1732, «Dos órdenes de marcha para el ejército que ha de desembarcar en las inmediaciones de Orán por el cuartel maestre general Don Isidro de Verboom».

[6] *Ibidem.*

La potencia de la fuerza expedicionaria y la falta de preparación de los defensores provocaron la retirada de la guarnición del bey o dey de Orán, Mustafá Buchlagham o Buk Ağa, que encontramos en varias fuentes españolas con el sobrenombre de «Bigotillos». Por tanto, no hubo necesidad de un sitio formal, aunque sí hubo refriegas e intercambios de fuego durante la marcha. Isidro de Verboom narraba así a Patiño la tensión de las primeras jornadas de la campaña:

> Debo poner en la noticia de V.Ex. que habiendo pasado el ejército la noche sobre las armas, puesto en batalla, el día 30 al amanecer no dejaba de hallarse bastantemente fatigado con los movimientos del día antecedente, sin embargo se empezó a trabajar con mucho esfuerzo a la construcción de la línea mencionada en mi citada carta de 29 lo que visto de los enemigos empezaron a bajar de las montañas de enfrente para incomodar nuestros trabajadores, por cuyo motivo se hizo adelantar nuestros escopeteros para contenerlos a favor de la artillería del navío la Castilla que continuamente disparaba con mucho acierto sobre los que iban bajando por el barranco de la Huerta Vieja en muchos pelotones considerables, pero no pudieron resistir mucho tiempo dichos escopeteros siendo mucha la multitud de los moros que cargaban sobre ellos, a pie y a caballo; y fue preciso se hiciesen avanzar 14 compañías de granaderos con los regimientos de dragones de Bélgica y Lusitania a la orden del conde de Marsillach, y como los enemigos empezaron a retirarse a vista de nuestros granaderos, los dragones se deshicieron para seguirlos, y mezclándose con ellos, hubo algunos acuchillados de una y otra parte.[7]

Como podemos comprobar, ya en la primera acción de relevancia se prefiguraron algunos de los problemas que se manifestarían con mayor peligrosidad en noviembre de ese año. Un ataque limitado había desembocado en un combate con bajas considerables a poco que algunas unidades perdieron la coordinación y abandonaron la formación, al tiempo que los resistentes locales demostraban una gran capacidad para atraer refuerzos rápidamente. También cayeron en esas primeras refriegas algunos oficiales, lo que dejaba entrever que el intrincado entorno de Orán podía ser muy arriesgado para mandos que no contaran con la suficiente protección. Isidro de Verboom se quejó a Montemar de las imprudencias que se estaban cometiendo:

> Durante esta noche han resultado de esto los efectos que le previne ayer, habiendo tenido tres armas falsas con mucha confusión y desorden, en que se han

[7] AGS, SGU, 3705, Campo de los Galápagos, 1 de julio de 1732, Isidro de Verboom a José Patiño, «Maniobras del ejército después del desembarco en las Aguadas».

> perdido algunos oficiales y muchos soldados. El ejército se haya sumamente fatigado por la sed, hambre, calor de día, y el mucho frío, y excesiva humedad que se experimenta de noche, sin el menor abrigo, ni asistencia.[8]

Las expectativas no eran halagüeñas, y no debemos perder de vista que en este momento se gozaba al menos de una amplia superioridad numérica ante las fuerzas del bey. La situación podía deteriorarse en poco tiempo en caso de que esta circunstancia cambiara.

A la ocupación efectiva de la ciudad y su territorio circundante sucedió la aceptación de una dura realidad: el perímetro defensivo se encontraba en un estado lamentable y debía ser objeto de reparaciones y mejoras urgentes si se quería tener alguna posibilidad de éxito en su defensa contando con un contingente mucho más reducido. Una vez fueron ocupadas las principales fortificaciones, Isidro de Verboom propuso a Montemar establecer una línea defensiva de urgencia empleando edificios de la ciudad, lo que pone de manifiesto la desconfianza que desde el primer momento se tenía ante un posible golpe de mano. La situación del ejército expedicionario no permitía mantener muchas esperanzas de éxito ante una campaña dilatada:

> A medida que iban llegando las tropas se acampaban entre los castillos de San Felipe, San Andrés y Rosalcázar; las guardias valonas formaban la retaguardia, y solo llegaron por la mañana, esta marcha se ejecutó con mucho desorden, y confusión, habiéndose rompido la columna en muchas partes dejando blancos considerables, de suerte que los más no sabían por dónde iban y solo pudieron continuar la marcha siguiendo los tiros que incesantemente disparaban los soldados por todo el largo de la columna sin que los oficiales lo pudieran remediar, y muchos se quedaron en el camino reventados por la fatiga y sofocados de sed.[9]

Una vez pacificado el enclave tuvieron lugar los primeros contactos diplomáticos con las legaciones francesa y británica, con quienes en ese momento se mantenían buenas relaciones, así como los primeros pactos con caudillos locales, muestra de un contexto cambiante e impredecible.

> Por los moros de paz, el cónsul de Francia y el de Inglaterra se ha sabido que el ejército de los enemigos se componía del día de la función del barranco de la Huerta Vieja de 5500 turcos de a pie, y unos 14 mil caballos moros, que

[8] *Ibidem*.
[9] AGS, SGU, 3705, Isidro de Verboom a José Patiño, Campo delante de Orán, 2 de julio de 1732.

sin embargo del miedo que habían tomado, la pérdida que tuvieron no fue muy considerable.[10]

Se trata probablemente de cifras exageradas que no debemos aceptar ciegamente, pero la descripción evidencia la solidez de la presencia turca en el Magreb, lo que nos permite hablar, siguiendo a Bunes Ibarra, de una frontera terrestre hispanoturca en el Mediterráneo occidental (Bunes Ibarra, 2012: 55). El dispositivo otomano y de sus aliados locales en la costa berberisca no estaba desmantelado, sino que había conservado su integridad en buena parte, lo que podría posibilitar una respuesta en fecha cercana, como sabemos que ocurrió. Sin embargo, al haberse recobrado la quietud en el entorno de Orán ya en julio de 1732, casi todo el ejército expedicionario, así como los propios Montemar y el marqués de la Mina, abandonaron la plaza ese verano. Un relajado Mina se dedicó por entonces a escribir un tratado sobre el uso de los dragones en campaña (Barea Amorena, 2016: 54). La nueva coyuntura sería hábilmente aprovechada por Mustafá Buchlagham, que empleó los meses siguientes en recomponer sus fuerzas y establecer nuevas alianzas locales (Sáez Abad, 2020: 346). Es pertinente traer a colación en este momento cómo el propio Marcenado ya había reflexionado sobre la importancia de saber reaccionar tanto tras una derrota como tras una victoria (Fernández García, 2015: 54). El triunfalismo tras el éxito en la conquista de Orán se vio reflejado en la literatura de la época, tanto española como extranjera, y por ejemplo la *Historia del Reino de Argel* de Laugier de Tassy fue actualizada con este hecho de armas en 1733 (Donoso, 2020).

La última batalla del marqués de Santa Cruz de Marcenado: la «jornada» o «salida» del 21 de noviembre de 1732

El combate del 21 de noviembre de 1732 no ha gozado de la suficiente atención en la historiografía española sobre el siglo XVIII, a pesar de contar con los números de una batalla considerable y de suponer el cuestionamiento sobre el terreno de todos los avances y reformas llevados a cabo en el ejército español desde la subida al trono de Felipe V. Podemos achacar la escasa reflexión en torno a estos acontecimientos al desinterés reciente sobre la historia militar del siglo, pero también a unos relatos bélicos que han buscado de manera reiterada reivindicar los indudables éxitos y pasar de puntillas por los límites y dificultades de los mismos.

[10] *Ibidem.*

Para reconstruir cómo se deterioró la situación desde finales del verano de 1732 hasta mediados de noviembre de ese año contamos con un testimonio poco trabajado que, sin embargo, aporta mucha información de primera mano, el del ingeniero director Antonio Montaigu de la Perille. Este había liderado ya una de las brigadas de ingenieros en el momento del desembarco, estando la otra comandada por el otro ingeniero director del destacamento, Pedro Coysevaux,[11] y tras la conquista de Orán vio aumentada su relevancia al comenzar los trabajos en el perímetro defensivo. El coronel e ingeniero director Coysevaux fue otra de las bajas importantes que se cobró la campaña de Orán en 1732. Durante los meses en los que Marcenado estuvo al mando, desarrolló una estrecha relación con los ingenieros militares, por los cuales siempre había desarrollado un gran respeto (Fernández García, 2015: 56, 2024: 131-132). Estos profesionales tuvieron un papel protagonista a lo largo de toda la campaña, incluso en su propia concepción (Fé Cantó, 2016: 102).

Al encontrarse sirviendo en las obras del recinto defensivo exterior, Montaigu fue testigo de cómo la hostilidad fue creciendo gradualmente en las semanas y días previos a la batalla. Su correspondencia muestra cómo los trabajos se producían en ocasiones bajo fuego enemigo, lo que complicaba enormemente los progresos y dificultaba sobre todo aspectos clave como el suministro de material. Ante tales circunstancias, parecía que no quedaba a Marcenado plantear otra alternativa que una salida de la guarnición:

> Remitiré el estado de los materiales que hay existentes, y formaré el de los que se necesitaren para la prosecución de las obras indispensables, pero como espero que la salida que se hará de esta plaza al arribo de las tropas que no han todavía enteramente llegado, el enemigo descampará del país, y con esto se logrará el poder hacer aquí cal y ladrillos que necesitaremos, que es el renglón más principal.[12]

Conservamos el detalle de las órdenes de Santa Cruz previas a la salida del 21 de noviembre, el que por desgracia acabaría siendo su postrer legado escrito. Las mismas requerirían un análisis en profundidad, pero nos limitaremos aquí a destacar algunos elementos demostrativos que reflejan el pensamiento del marqués y algunas aplicaciones prácticas de lo planteado en sus *Reflexiones militares*. Por ejemplo, el rigor, la disciplina y el orden al marchar:

[11] AGS, SGU, 3046, «Relación de los ingenieros nombrados para servir en el ejército de la expedición».

[12] AGS, SGU, 3705, Antonio Montaigu a José Patiño, Orán, 20 de noviembre de 1732, «Participa enviando planos el estado de las obras y ataques de los castillos de Santa Cruz y San Felipe».

> Que tanto oficiales como soldados observen grande silencio en la marcha y en el combate, que los oficiales lleven vestidos uniformes, que pongan en las primeras líneas los mejores tiradores, encargándoles que tiren sobre los que parezcan oficiales de los enemigos y en especial donde se vean muchas banderas juntas, o colas de caballo por estandarte.[13]

La sanidad y la atención a los heridos era otra de las preocupaciones principales de Marcenado. El marqués fue pionero en disponer que hubiera personal que se ocupara en campaña exclusivamente de las cuestiones sanitarias:

> Para retirar heridos hay gente destinada sin armas. Prohíbese que las que las tienen se dediquen a tal empleo de retirar heridos, lo cual harán doce hombres por batallón, con un sargento que nombrará cada coronel, a más de los 700 de armas, y para cada 12 hombres de los primeros, entregará el comandante de la artillería, cuatro parihuelas, los otros cuatro hombres podrán asistir a heridos que marchen por su pie, a su tiempo acudirán también moros de paz con sus jumentillas y machos de la artillería para transportar heridos.

A continuación, Marcenado se ocupaba de condenar el saqueo no regulado[14] y prevenía contra la deserción o el desorden, en palabras que resultarían tristemente premonitorias de lo que ocurriría al día siguiente, al tiempo que vertía una opinión negativa de los soldados a las órdenes de la Sublime Puerta, probablemente con ánimo de enardecer a sus propios soldados:

> No tendrá parte en el saqueo, sino antes bien riguroso castigo, el soldado que abandonare su oficial, y estos mostrarán de antemano a aquellos el peligro en huir, a más que en pelear, a vista de la ligera y tímida caballería de los moros. Que los turcos, no teniendo como no tienen bayonetas, no pueden resistir al abordo de las nuestras, sobre las cuales debemos contar aún más que sobre el fuego. Que los turcos que vamos a combatir son la escoria de Levante, pues a Argel no vienen si no los excluidos para las tropas del gran señor, que estos nunca vieron guerra, que son mucho menos que nosotros y repartidos en el campo, trincheras y barranco de las Piletas.[15]

Navia-Osorio trajo a colación el ejemplo de la guarnición de Ceuta, que poco antes había derrotado ataques similares. Marcenado había sido coman-

[13] AGS, SGU, 3705, Orán, 20 de noviembre de 1732, «El marqués de Santa Cruz. Órdenes para la salida general en un cuadro».

[14] Que ya había denunciado previamente, *vid*. Fernández García, 2024: 181.

[15] AGS, SGU, 3705, Orán, 20 de noviembre de 1732, «El marqués de Santa Cruz. Órdenes para la salida general en un cuadro».

dante general y gobernador de esa plaza desde julio de 1731 hasta que se unió a la expedición destinada a Orán al año siguiente en Alicante, donde fue nombrado teniente general (Fernández García, 2024: 43-44). Esta breve experiencia norteafricana resultaría fundamental para explicar su desempeño en Orán en 1732. La disyuntiva que ofrecía el general a su tropa era elegir entre victoria o humillación y oprobio:

> La vergüenza que nos resultaría a vista de lo ejecutado por la guarnición de Ceuta, si con casi todos los granaderos de España y con tanto batallón escogido, tardásemos a derrotar a una inexperta y pequeña tropa. Que la causa que defendemos no solo es del Rey, y de la Patria, sino de Dios, cuyo auxilio debemos prometernos infalible, implorándole con viva fe.[16]

Las órdenes sugieren algunos de los puntos que propiciarían el desorden de la jornada del día siguiente. El éxito dependía de que numerosos elementos funcionaran de manera coordinada, incluido el concierto de los locales leales:

> Adviértase que hay tropa que tiene orden para fingir que huye, y que así no por eso las demás se turben, prevéngase también que hay moros que ofrecieron venir durante el combate a cargar los turcos, pero que siempre se reciban con precaución.[17]

La desaparición de Marcenado durante la batalla provoca que debamos volver al testimonio de Antonio Montaigu para aproximarnos a saber qué pudo ocurrir el 21 de noviembre de 1732. La guarnición al mando del marqués constaba de unos 8640 soldados, divididos en dos columnas de 1900 y 1440, además de un cuadro central de 4200 militares. Como reserva quedaron 400 jinetes y dragones y 700 hombres del regimiento de Asturias. El ingeniero detalló la batalla pormenorizadamente a Patiño, plasmando en su carta que se encontró durante buena parte de la misma junto al marqués de Santa Cruz o al menos cerca del mismo:

> Entonces hallándome cerca de la derecha, oí que se pedía refuerzo por el marqués de Tay habiéndose aumentado el fuego en su paraje, por lo que envié uno de los ingenieros que estaban conmigo dar parte de esto al marqués de Santa Cruz que desde luego (hallándose al lado izquierdo de San Felipe) mandó marchar una tropa de caballería y poco después los dos batallones de Asturias a los que siguió un cuadro que S.E. acababa de formar, compuesto por su frente del batallón de León, su costado derecho por los de Hibernia e Irlanda, el izquierdo de Flandes

[16] *Ibidem.*
[17] *Ibidem.*

> y España, y la retaguardia de Hainaut, el que avanzó cerca de un cuarto de legua más adelante, sin oposición alguna del enemigo que se iba juntando sobre una altura de enfrente de donde venían en columna de su campo.[18]

El combate se dilató toda la jornada y vivió su punto álgido cuando un ataque de 12000 infantes y 2000 de caballería del ejército musulmán rompió la unidad del ejército español, separando a las tropas entre las que se encontraba el marqués del hospital ubicado en el castillo de San Felipe.

> El enemigo se iba reforzando a cada instante de más en más, y aumentando su fuego a proporción, y viniendo nuevamente a dar parte que se habían encontrado otras dos piezas del enemigo, como las antecedentes sobre que di la enhorabuena al marqués de Santa Cruz.[19]

Es muy probable que Montaigu aprovechara su relato para destacar un protagonismo que quizá no fuera tan constante. Las grandes bajas sufridas por la columna del marqués de Thoy[20] obligaron a Santa Cruz a cubrir su retirada adelantando demasiado un cuadro, de manera que ese contingente perdió la ventaja del terreno y quedó expuesto.

> Nuestra tropa iba disminuyendo, me parecía conveniente que S.E. mandase retirar así a nosotros la tropa del marqués de Tay, lo que S.E. hizo la honra de mandar ejecutar; pues habiendo la tropa del marqués de Tay tomado ya la marcha así a nosotros, el marqués de Santa Cruz hizo adelantar el cuadro diciendo que era para favorecer la retirada de la expresada tropa, lo que representé a S.E. que adelantándose más, como el terreno iba siempre bajando se hallaría nuestra tropa con menos ventaja por la dominación del fuego del enemigo.[21]

Durante el intercambio artillero, el mismo Montaigu fue herido levemente:

> Me detuve a hablar con el coronel del referido batallón [del regimiento de Irlanda] quien recibió un balazo a su brazo derecho, sin hacerle más que una contu-

[18] AGS, SGU, 3705, Antonio Montaigu a José Patiño, Orán, 22 de noviembre de 1732, «Participa la salida que hizo con la tropa el marqués de Santa Cruz y su éxito».

[19] *Ibidem*.

[20] Este marqués aparece identificado en los textos originales como marqués de Tay. Tal gazapo de transcripción en las fuentes primarias (y no pocas secundarias) puede dificultar la identificación del personaje. Algunos autores atinan más, nombrándolo como marqués de Toy; la transcripción correcta del título puede variar, eso sí, entre marqués de Thoy o Thouy.

[21] AGS, SGU, 3705, Antonio Montaigu a José Patiño, Orán, 22 de noviembre de 1732, «Participa la salida que hizo con la tropa el marqués de Santa Cruz y su éxito».

> sión, e inmediatamente recibí uno, que me abrió el vestido y me hizo una mediana contusión al costado derecho.[22]

La improvisación en ese momento crucial desató momentáneamente el caos en las líneas españolas. Montaigu fue testigo de la desintegración de la línea española:

> Entonces juntándose la tropa del marqués de Tay, con la del cuadro, y queriéndola formar en columnas en un improviso, no sé cómo sucedió una confusión tan grande que todo el ejército se puso en fuga sin que todas las precauciones que los oficiales podían tomar no pudieran detener al soldado, dejándose más presto matar que volver cara y rehacerse contra el enemigo.[23]

El oportuno desembarco en el puerto de refuerzos del regimiento de Asturias y de batallones de los regimientos de Aragón y Ultonia permitió salvar la situación en el momento más importante. No obstante, para ese entonces Marcenado ya había desaparecido. Montaigu se limita a transmitir a Patiño lo siguiente sobre este respecto: «el marqués de Santa Cruz no se encontró, algunos dicen haberle visto caer de caballo herido».[24] Las circunstancias concretas de su deceso probablemente nunca sean averiguadas. Con las fuentes conservadas, únicamente podemos imaginar qué ocurrió. Aquellos relatos más detallados son seguramente apócrifos (Fernández García, 2015: 33). Según los cónsules de Francia y Gran Bretaña en Argel, el marqués no llegó a ser hecho prisionero, sino que habría sido decapitado tras ser herido, de manera que su cabeza fue paseada posteriormente por las calles de Argel (Fernández García, 2024: 46).

La prueba definitiva de la crudeza de la jornada del 21 de noviembre de 1732 nos la da el cuantioso número de bajas. Los minuciosos registros de las mismas ofrecen 543 muertos y desaparecidos y 1514 heridos.[25] El coste en vidas de oficiales fue también grande, pues cayeron en combate dos coroneles, un teniente coronel, siete capitanes, ocho tenientes y seis subtenientes, además del propio marqués de Santa Cruz.[26] El general falleció compartiendo el destino de sus hombres, como defendían sus *Reflexiones militares* (Fernández García, 2015: 32). Las pérdidas de las fuerzas musulmanas debieron ser de magnitud, pues se abandonó rápidamente el objetivo de intentar recuperar Orán. A

[22] *Ibidem*.
[23] *Ibidem*.
[24] *Ibidem*.
[25] AGS, SGU, 3705, Orán, 24 de noviembre de 1732.
[26] AGS, SGU, 3705, «Estado de los muertos y heridos que hubo en la salida que se hizo en esta plaza de Orán el día 21 de noviembre de 1732».

la desmovilización norteafricana y otomana contribuyeron las operaciones de la Armada española en los meses siguientes (Nicieza Forcelledo, 2022: 264).

No obstante, el enclave continuó siendo un destino peligroso, objeto de frecuentes escaramuzas e intercambios artilleros. Según el comandante José Vallejo, entre 1733 y 1737 se dieron 1564 fallecidos, siendo la enfermedad una de las principales causas, además de aquellos que habían desertado o habían sido capturados.[27]

A la altura de 1737 la presencia militar en Orán se había elevado hasta 5776 oficiales y soldados.[28] Mantener la plaza en manos españolas exigiría un esfuerzo constante en recursos humanos y materiales, pero estas cifras mostraban la determinación de Felipe V de conservarla a toda costa, probablemente considerando su posesión un símbolo del prestigio de su reinado.

Conclusiones

El hincapié que se hizo en el carácter heroico y romántico de la desaparición de Marcenado sirvió para desviar la atención respecto al fracaso del dispositivo defensivo y la diplomacia española en el norte de África, pues la realidad es que se estuvo cerca de perder la plaza pocos meses después de haberla conquistado. El cautiverio del marqués de Valdecañas, que en un principio parecía haber causado baja en la batalla, y la muerte en Orán de otros oficiales importantes como Pedro Coysevaux nos habla de un contexto de enorme peligrosidad que ponía en cuestión la presencia española en la costa berberisca de manera permanente.

Por ejemplo, aunque tradicionalmente se fecha la creación de la academia de matemáticas de Orán en 1732, lo cierto es que costó varios años al ingeniero Antonio de Gaver, hasta 1736, conseguir autorización para su puesta en marcha, y bajo la condición de que él se hiciera responsable de la misma, pues en repetidas comunicaciones se juzgaba por sus superiores que era innecesario mantener tal institución allí siendo el futuro de la posesión de la plaza tan incierto.[29]

Algunos años después, en 1750, cuando el también oficial Francisco Ricaud estuvo cautivo en Argel tras haber sido capturado en las Baleares, su liberación

[27] AGS, SGU, 3705, «Estado de los oficiales, sargentos, soldados y presidiarios que han muerto de heridas y enfermedades, desertado y sido por desorden cautivados de los enemigos en esta plaza de Orán y la de Mazalquivir desde primero de noviembre de 1733 hasta el presente. Orán, 20 de abril de 1737».

[28] AGS, SGU, 3705, «Estado que manifiesta los oficiales, sargentos, tambores y soldados presentes que en la revista de comisario de guerra han tenido los regimientos de esta guarnición de Orán en el actual mes de abril de 1737».

[29] AGS, SGU, 3007, Orán, 24 de junio de 1736, Juan de Ballester y Zafra a José Patiño, «Informa sobre la propuesta hecha por don José de Vallejo para que el ingeniero don Antonio Gaver enseñe las matemáticas en aquella plaza».

debió ser gestionada por la diplomacia y las órdenes religiosas francesas, ya que la presencia comercial y diplomática española en Argel, a diferencia de la de otras potencias (Barrio Gozalo, 2003: 141), era prácticamente inexistente y el desinterés hacia la liberación de oficiales españoles cautivos manifiesto.[30] En comparación, los consulados franceses reunían una experiencia mucho más dilatada en la redención e intercambio de cautivos. El consulado de Francia en Túnez, por ejemplo, estuvo involucrado en 215 operaciones de canje a lo largo del siglo XVII (Bosco, 2020: 226). Según Michele Bosco, la Monarquía Hispánica nunca dotó a los redentores españoles con recursos suficientes para poder llevar a cabo una labor efectiva (Bosco, 2020: 238). Esta situación ya había sido denunciada más de un siglo antes por el polígrafo y carmelita descalzo Jerónimo Gracián (Bunes Ibarra, 2014: 32), autor del *Tratado de la redención de cautivos*, objeto de una edición crítica por Miguel Ángel de Bunes Ibarra y Beatriz Alonso Acero en 2006 (Bunes Ibarra y Alonso Acero, 2006). En la década de 1740 se había producido una revitalización del corso norteafricano, llegándose a cautivar a unos 1500 españoles, buena parte de ellos soldados y oficiales como Ricaud (Barrio Gozalo, 2003: 140).

Al principio mencionábamos que la muerte en combate del marqués prefiguraba las dificultades occidentales en el mundo musulmán. Ciertamente, la muerte de Santa Cruz anunciaba las limitaciones de la ocupación colonial. El combate de 21 de noviembre de 1732 no fue una derrota, pero fue una victoria tan pírrica y a tan alto coste que cuestiona la presencia europea fuera de Europa. Decía el marqués en sus *Reflexiones*, «ninguna cosa debes manejar con tanta economía como las vidas de tus guerreros. […] Interésase la piedad en que no se aventuren sin precisión las tropas» (Navia-Osorio, VII: 572). No obstante, la batalla de noviembre de 1732 es un ejemplo de lo contrario, del sacrificio del soldado para defender las ambiciones reales (Fernández García, 2024: 45).

Una realidad cuestionaba, asimismo, los planteamientos teóricos de Santa Cruz de Marcenado: la posibilidad de enfrentarse en el norte de África a un enemigo que tenía menor consideración por las bajas propias que otros ejércitos europeos de la época y era capaz de suplir las carencias con superioridad numérica. El marco que se daba en noviembre de 1732 reproducía algunos elementos que Antoine Sénéchal señaló para la situación de 1708, como la rigurosa y renovada presión de las fuerzas argelinas y otomanas y la limitación de los recursos disponibles (Sénechal, 2016: 354). Sin embargo, la ausencia del otro factor determinante en 1708, la Guerra de Sucesión española, permitió que los resortes de la Monarquía de Felipe V reaccionaran con éxito e hicieran posible la conservación de la plaza.

[30] AGS, SGU, 3079, Lazareto de Marsella, 25 de octubre de 1750, Francisco Ricaud al marqués de la Ensenada.

Si bien podemos afirmar que Santa Cruz de Marcenado fue un adelantado a su tiempo en lo que respecta al pensamiento militar, independientemente de que se le califique de ilustrado o preilustrado, no fue realmente una *rara avis*. La diferencia principal es que su obra fue más y mejor publicada, ha sido mejor conservada y ha gozado de más atención, lo que en parte se debió a la pronta traducción en París de la primera edición turinesa, así como sus ediciones en Londres, La Haya y aún más allá (Fernández García, 2022: 102-105). En sus coetáneos, como Montemar, Mina o Jorge Próspero de Verboom, encontramos reflexiones militares también de gran interés, si bien formuladas de manera no tan sistemática y más enfocadas al autoconsumo y a la formación de oficiales. Pero si ponemos la lupa en un nivel inferior, el de la correspondencia, las relaciones, informes y dictámenes de oficiales de segunda línea que nunca pudieron alcanzar las mismas cotas de celebridad, encontramos con frecuencia planteamientos estratégicos y tácticos que indican que las últimas décadas del siglo XVII y las primeras décadas del XVIII fueron una época de ebullición en el pensamiento militar, evidente en el caso de España pero común en los principales ejércitos del continente, lo que fue en paralelo al desarrollo de las bibliotecas y academias militares y contribuye a asentar la idea de la existencia de una cultura militar europea, como propuso Christopher Duffy (Burns, 2022: 50).

El triste final del marqués de Santa Cruz de Marcenado es la evidencia definitiva de que la campaña de Orán de 1732 no fue el paseo militar o la cruzada exitosa e incruenta, trufada de arrollador heroísmo, que nos cuentan algunos relatos actuales, sino una serie de complejos y sangrientos combates que no tuvieron peores consecuencias en buena parte gracias a la fortuna y a las circunstancias concretas de cada momento. No en vano, el propio marqués hizo hincapié en la defensa y la necesidad de plantear o no una batalla dependiendo de estas (Fernández García, 2015: 53). Las enseñanzas de Álvaro de Navia-Osorio sin duda contribuyeron a minimizar los daños, pero las dificultades encontradas prometían que se volverían a dar coyunturas difíciles tanto en Orán como en otros enclaves dispersos que la Monarquía no siempre podría defender con la determinación y los medios necesarios.

Cabe quizá entroncar el significado de la muerte de Santa Cruz de Marcenado en la reflexión que Bunes Ibarra hizo para la presencia española en el norte de África en la Edad Moderna, según la cual, la conquista de plazas como Orán «reportó más gloria y vanagloria que poder y utilidad» (Bunes Ibarra, 1995: 28). Una justificación para la misión española en el Magreb que en ocasiones ha sido soslayada es la búsqueda de una posición de prestigio en Europa por medio de la acción en aquel teatro de operaciones donde los triunfos gozarían de más eco y suscitarían más simpatías en la Cristiandad: el mundo musulmán. La desaparición de Marcenado en combate probablemente no tuvo

una utilidad directa para la Monarquía de Felipe V, pero el sacrificio del marqués por la preservación de Orán sí que contribuyó a aumentar el prestigio de la misma y, en paralelo, a mitificar la figura de Álvaro de Navia-Osorio, como vimos al principio de este trabajo, e impulsar que su obra escrita alcanzara el reconocimiento que ha tenido desde el siglo XVIII y hasta nuestros días dentro de la tratadística militar europea. Marcenado sigue siendo profusamente citado por ser pionero en campos como la contrainsurgencia, aunque no debemos olvidar, como nos señala Pelayo Fernández García, el énfasis que el asturiano puso en el control de los efectos negativos de la guerra sobre la población civil o la búsqueda de una paz justa como meta más importante de un conflicto (Fernández García, 2024: 273-274), aspectos de tanta actualidad y tan imprescindibles hoy como lo eran en el Siglo de las Luces.

Fuentes

Archivo General de Simancas (AGS)
Secretaría de Guerra (SGU), legajos 3007, 3046, 3079, 3705.

Bibliografía

Alonso Acero, Beatriz, Bunes ibarra, Miguel Ángel de, Gracián, Jerónimo de la Madre de Dios (2006): *Tratado de la redención de cautivos en que se cuentan las grandes miserias que padecen los cristianos que están en poder de infieles, y cuán santa obra sea la de su rescate*, Sevilla, Espuela de Plata.

Barea Amorena, Ernesto (2016): *Jaime de Guzmán y Spínola, capitán general de Cataluña, II marqués de la Mina*, San Vicente del Raspeig (Alicante), Editorial Club Universitario.

Barrio Gozalo, Maximiliano (2003): «Los cautivos españoles en Argel durante el siglo ilustrado», *Cuadernos Dieciochistas*, n.º 4, págs. 135-174.

Baudot Monroy, María (2016): «No siempre enemigos. El viaje del infante don Carlos de Borbón y la expedición naval hispano inglesa a Italia en 1731», *Obradoiro de Historia Moderna*, n.º 25, págs. 243-275.

Bosco, Michele (2020): «"Con lágrimas de nuestros corazones". El rescate de cautivos en una redención mercedaria del siglo XVIII», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV. Historia Moderna*, n.º 33, págs. 213-244.

Bunes Ibarra, Miguel Ángel de (1995): «La presencia española en el norte de África: las diversas justificaciones de las conquistas en el Magreb», *Aldaba: revista del Centro Asociado a la UNED de Melilla*, n.º 25, págs. 13-34.

— (2012): «Orán, primera frontera Hispano-Turca del Mediterráneo», en Terki Hassaine, I., Sola Castaño, José E., Díez Torre, Alejandro Ramón y Casado Arboniés, Ramón (eds.): *Las campanas de Orán, 1509-2009. Estudios en homenaje a Fatma Benhamamouche*, Alcalá de Henares, Editorial Universidad de Alcalá, págs. 55-66.

— (2014): «Entre turcos, moros, berberiscos y renegados: lealtad y necesidad frente a frente», *Libros de la Corte*, N.º Extra 1, págs. 9-32.

Burns, Alexander S. (2022): «Writing for pleasure. Christopher Duffy's historiographical legacy», en Burns, Alexander S. (ed.): *The Changing Face of Old Regime Warfare. Essays in Honour of Christopher Duffy*, Warwick, Helion & Company, págs. 36-58.

Donoso, Isaac (2020): «Capítulo xi. Gobierno de Poniente. Historia del Reino de Argel (1733)», *Revista Argelina*, n.º 10, págs. 141-146.

Fé Cantó, Luis (2016): «El desembarco en Orán en 1732. Aproximación analítica a una operación compleja», *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 5, n.º 10, págs. 89-110.

Fernández García, Pelayo (2015): *Las* Reflexiones militares *del marqués de Santa Cruz de Marcenado y su influencia más allá de las fronteras nacionales*, Madrid, Ministerio de Defensa.

— (2022): «Nadie es profeta en su tierra: la llegada a España de las *Reflexiones militares* de Marcenado», en Sánchez Espinosa, Gabriel y Rodrigo Olay Valdés (coords.), El mundo del libro y la cultura editorial en la España del siglo xviii, Gijón, Trea, págs. 99-111.

— (2024): *El marqués de Santa Cruz de Marcenado (1684-1732). Cultura, milicia y redes sociales*, Gijón / Oviedo, Trea / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo xviii.

López Anglada, Luis: (1985): «Vida de don Álvaro de Navia-Ossorio, Marqués de Santa Cruz de Marcenado y Vizconde de Puerto», *Revista de Historia militar*, n.º especial del iii centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado, año xxix, págs. 15-20.

Navia Osorio, Álvaro de (1724-1730): *Reflexiones militares*, vols. i-xxi, Turín, París, Juan Francisco Mairesse, Alexandro Vimercato, Simón Langlois.

Nicieza Forcelledo, Guillermo (2022): *Leones del mar. La Real Armada española en el siglo xviii*, Madrid, EDAF.

Sáez Abad, Rubén (2020): *Felipe V. Un reinado en guerra*, Zaragoza, Historia Rei Militaris.

Sénéchal, Antoine (2016): «El cambio dinástico, la Guerra de Sucesión y la defensa del presidio de Orán y Mazalquivir (1700-1708)», *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, n.º 16, págs. 335-358.

Storrs, Christopher (2016): *The Spanish Resurgence. 1713-1748*, London y New Haven, Yale University Press.